

N.º 48

25cts

SEGURO CONTRA AMOR

por LAURA LA PLANTE



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACIÓN SEMANAL

WEBB, Millard D.

BIBLIOTECA EMOCION

Seguro contra amor

(THE LOVE THRILL, 1927)

Deliciosa comedia, magistral creación de la
simpática actriz

Laura La Plante

y el popular

Tom Moore

Versión literaria de

CRISPULO GOTARREDONA

GUIDO DE WEBB i JOE MITCHELL
Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.

Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

Maria Braugdom . . *Laura La Plante*
Jack Sturdevant . . *Tom Moore*
Jaime Brangdom . . *Arthur Hoyt*
Antonio Creelman . . *Briant Washburn*

SEGURO CONTRA AMOR

I

Entre las infinitas personas de Nueva York, que aquella amable nochebuena no participaban del general regocijo, podiase contar a Jaime Brangdom, agente de seguros sobre toda clase de riesgos, que figuraba entre el número de las más desventuradas.

Hallábase acodado en la mesa de su despacho, leyendo por centésima vez una carta recibida en el último reparto.

Que había motivo para preocuparse por el contenido de aquella carta, lo dirá la fiel copia de la misma; decía así:

"Señor don Jaime Brangdom.

"Nueva York.

"Muy señor nuestro: No habiendo llegado durante el año a la cifra de seguros fijada en el contrato, nos vemos obligados a retirar-

le el título de agente de esta Compañía, a partir del 1.^o de enero próximo.

"No obstante, caso de conseguir la firma de la póliza del señor Creelman, de cuya importancia nos ha hablado usted en varias ocasiones, consentiríamos en renovarle el contrato."

Y firmaba el gerente de "La Inmortal", conocida sociedad de seguros sobre la vida.

Mientras se hallaba reflexionando sobre la imposibilidad de efectuar semejante operación, y, por consiguiente, dando por perdida la agencia de la Compañía que era su único sostén, entró su hija.

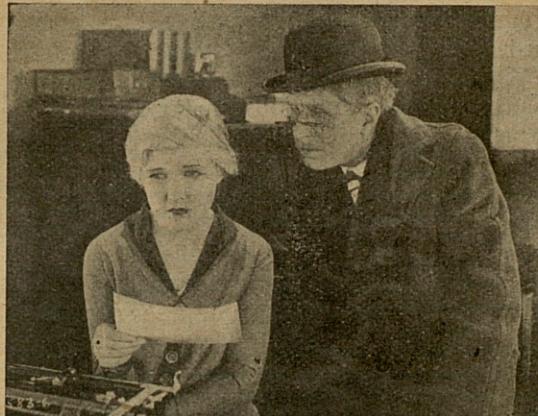
María Brangdom, que así se llamaba, era una muchachita rubia, de rostro simpático y atractivo, a quien había iniciado en la dura tarea de corredor de seguros.

Con más buena voluntad que resultados, María, llena del optimismo de sus pocos años, y el que le daban una colección de sobresalientes obtenidos en el colegio, intentaba dar una inyección de vitalidad a los moribundos negocios de su padre.

—¿Qué hay, María?—preguntó el agente mientras su hija colocaba el sombrero en la perchera.

Esta hizo un gesto de desaliento, y respondió:

—Lo mismo de siempre: que los que desearian ser clientes, están gravemente enfermos...



Cuando María se enteró del contenido de la carta de «La Inmortal»...

Mientras en los despachos contiguos y afuera, en la calle populosa, todo el mundo celebraba el nacimiento del Rey de los hombres, padre e hija, trataban del precario estado de sus negocios. Cuando María se enteró del contenido de la carta de "La Inmortal" y del fracaso inminente que ello significaba, reaccionó y se sintió nuevamente optimista para luchar contra la adversidad.

—No se apure, papá—dijo poniéndose en pie y cogiendo de nuevo su sombrero—. Estoy más que segura de que ese millonario de Creelman

firmará la póliza, y quizás sea esta misma tarde.

Y, llena de confianza, se lanzó a la calle y tomó el camino del fastuoso palacio que poseía en la Quinta Avenida el recalcitrante cliente.

El millonario Antonio Creelman, era la desesperación de los agentes de seguros, pero la esperanza de Poly Mammond, la dilecta amiga en cuya grata compañía se hallaba cuando el criado le presentó una tarjeta, con el nombre de Jaime Brangdom, que era las que usaba María en sus visitas profesionales.

—¿Corredores de seguros a estas horas?— exclamó el millonario de mal humor—. Ya sabe usted que a esa peste de gente no quiero ni verla.

El criado, se creyó con derecho de advertirle:
—Me parece que este corredor es fuera de la serie, señor.

María se hallaba en el vestíbulo esperando con impaciencia. Era la última esperanza que le quedaba. Si aquella gestión fracasaba, estaban perdidos. Cuando volvió el criado, le preguntó ansiosamente:

—¿Qué...?
—Lo siento, señorita, pero el señor Creelman está en estos momentos muy ocupado...— respondió el criado.

María hizo un gesto de desaliento y se retiró, murmurando entre dientes:
—Todos están muy ocupados...



¡Nochebuena! Aquella fiesta simbólica, propicia a la grata alegría familiar, al dulce goce de las tradicionales fiestas... era por irrisión, para ellos, de las más adversas.

Cuando María regresó al despacho lo encontró lleno de acreedores: la comisión de acreedores que se había unido para combatir contra su miseria y que con motivo de Año nuevo, querían liquidar de una manera o de otra.

El pobre agente de seguros, anonadado, por la granizada de adversidades que caía sobre él, se defendía débilmente.

María se encaró con ellos:
—Señores, les ruego que esperen unos días...
El pago de nuestras cuentas es cuestión de poco tiempo.

El que llevaba la voz cantante—¡qué hombre más antipático aquél!—le replicó ásperamente:

—¡Es inútil! ¡No podemos esperar más! O



—No se apure papá. Dios nos iluminará.

pagan ustedes o vamos al embargo inmediatamente.

Llamaban al teléfono y María se puso al aparato.

—Aquí es la compañía de teléfonos y les advertimos que en este momento les quitamos la comunicación por falta de pago.

—¿Qué hado bienhechor iluminó a María? Una súbita idea salvadora iluminó su pensamiento y, como, una vez cortada la comunicación ya nadie podía escucharla, dijo, hablando al teléfono:

—¡Ah! ¿Es el señor Creelman? ¿La póliza de cien mil dólares? Esta misma noche estará extendida y pasado mañana se la enviaremos para la firma.

El efecto fué fantástico. Los acreedores depusieron su actitud, y se volvieron los caballeros más cumplidos del mundo.

—Siempre hemos creído que ustedes eran personas correctas—dijo el “presidente” de la comisión, el antipático—. Por eso esperaremos hasta primero de año. ¡Pero ni un día más! ¿entiende?

María les prometió pagar todos los atrasos el primero de enero y les despidió. Por de pronto ya había logrado una tregua durante la cual era cuestión de buscar el dinero.

Cuando padre e hija se hallaron solos, ésta explicó el resultado de su gestión.

—¿Qué haremos, hija mía?

—No se apure, papá. Dios nos iluminará...

Dieron unos golpes en la puerta y ambos se interrogaron con los ojos. ¿Qué nuevo acreedor sería? Transcurrieron unos momentos de angustia hasta que al cabo, se abrió la puerta y el repartidor de periódicos, que era el que había llamado, dejó el número de la noche.

—¡Aun tenemos quien nos fía! — exclamó María tristemente.

Entre las noticias que había en el periódico, una de ellas llamó especialmente la atención a

la joven, la cual se quedó un momento absorta.

—¡Estamos salvados, papá!—exclamó después, descargando un golpe sobre la mesa.

Jaime Brangdom se quedó mirando a su hija con extrañeza, pensando si se había vuelto loca.

—No, papá; es que verdaderamente estamos salvados. Fíjate en esta noticia. ¿Ves? Dan la noticia de que el célebre explorador capitán Jack Sturdevant, autor del libro "Devorado por los Bubis", acaba de ser víctima de los caníbales, los cuales se lo han comido crudo.

—No entiendo qué relación puede tener esta noticia con nuestra suerte.

¡Muchísima! Aquí dice que el explorador se casó poco antes de emprender la expedición, pero, sin embargo, su íntimo amigo, el millonario Creelman, no puede confirmarlo.

—Sigo sin comprender...

—La noticia me acaba de sugerir una idea. ¡Haré firmar a Creelman! Me haré pasar por la desvalida viuda del explorador. Verás mi plan: alquilaré unos vestidos decentes y haré que el práctico del puerto me haga subir a bordo del primer buque de pasaje que entre. Desde allí, antes de que fondee el vapor, enviaré un radio a Creelman, quien no tendrá más remedio que salir a recibirme y después, la firma de la póliza, será cuestión de coser y cantar. ¿Comprendes ahora?



Maria, en vista de la tardanza de Creelman se asomó al vestíbulo...

—Hija mía, tienes un talento prodigioso— exclamó el agente abrazando a su hija.— ¡Tienes a quien parecerle, hija mía!

III

La noticia del fallecimiento del escritor Sturdevant, que circuló profusamente por la prensa, no había sido más que una confusión de nombres. Sturdevant vivía en Londres y fué el más sorprendido por la noticia de su muerte.

En cuanto se extendió la noticia de que a Jack se lo habían comido los negros, el público se dió a devorar su libro.

Sus editores estaban satisfechos, pues el libro "Devorado por los Bubis" era una verdadera mina.

—No está mal el negocio. Lo estupendo sería que cada semana asesinasen a un escritor— afirmaba uno de los editores a su consocio, dos días después que se había puesto la noticia en circulación, ante el exorbitante número de pedidos que tenía delante.

—Oye, ¿y si enviásemos al Africa a tres o

cuatro de nuestros mejores escritores?—preguntó su consocio.

El capitán Jack Sturdevant, gozaba lo indecible leyendo sus notas necrológicas, y aquel mismo día fué a ver a los editores para ver la repercusión que había tenido la noticia en la venta de su libro.

Ellos quedaron asombrados y cuando el explorador les informó de la confusión, le dijeron:

—Usted debe continuar siendo un muerto hasta que el público se canse de comprar su libro. Hágase el muerto durante cinco o seis meses y ganaremos una fortuna.

A Jack le sedujo la idea y aceptó.

—De acuerdo; hoy mismo me marcharé a Norteamérica, pues allí soy poco conocido.

—Bueno; pero aféitese la barba inmediatamente y use nombre supuesto — advirtió el editor.

—Pues me llamaré José Lázaro hasta que ustedes me digan: Resucita, Lázaro.

Aquel mismo día, "José Lázaro" tomaba pasaje para Nueva York.

El día en que el buque llegaba a su destino, cuando el práctico subió en él, le acompañaba una señorita que después se mezcló con el pasaje.

A la llegada del buque, cuando los pasajeros iban desembarcando, un caballero elegantemente vestido, joven, se hallaba apostado jun-



— *No le denunciaremos, pero véndanos cuando menos medio litro.*

to a la escala y preguntaba a todas las señoras enlutadas que desembarcaban:

— Perdóname, ¿es usted la viuda de Sturdevant?

Dirigió en vano la pregunta a varias damas, pero al cabo, una de ellas, que a diez leguas se echaba de ver su reciente viudedad por el riguroso luto de su vestido y la tristeza de su simpático rostro, la cual respondió:

— ¿Y usted, es el señor Creelman?
Dádose a conocer, el señor Creelman acompaña-

ñó a la viuda hasta su automóvil, mientras iba pensando que su fallecido amigo tenía un buen gusto acreditado.

Durante el camino, después de que ella le refirió ciertos pormenores relativos a la suerte de su marido, él le dijo:

— No se apure, señora. Casualmente su esposo ha tenido siempre un departamento que yo le alquilé en mi propia casa! El tenía una llave... que deben haberse comido los negros... y yo tengo otra.

El departamento que había pertenecido a "su marido" le gustó mucho a María.

Creelman había tenido la piadosa delicadeza de prepararlo y, sobre la mesa del salón, hizo colocar un magnífico ramo de flores con una tarjeta en cuyo sobre María leyó:

“Pequeño homenaje a la memoria de mi amigo Jack.”

María vertió unas cuantas lágrimas de sentimiento.

— ¿Y su marido no la dejó nada? ¿Ni siquiera un seguro? Esto es terrible y me servirá de lección.

El millonario estaba encantado de la simpática viudita, y ésta lo estaba a su vez del millonario.

Creelman creyó prudente dejarla sola y en el momento de despedirse le aconsejó que mientras permaneciese en Nueva York debía

distráerse para amortiguar la pena de su viudez.

—Precisamente, esta noche doy una fiesta en el Alberty Hotel... ¿Quiere usted venir?

—Si usted quisiera preferiría que comiésemos solos. Tengo algunos asuntos que comunicarle.

—Usted manda... Pero créame, no esté abatida. La espero a las siete en mi piso. Ya sabe: no tiene más que bajar la escalera...

IV

Lo menos que podía hacer la "desconsolada viuda" del capitán Sturdevant, era leer la famosa obra de su marido "Devorado por los Bubis", y hojeó las narraciones más truculentas con objeto de documentarse para dar por menores de su dramática aventura.

Llegó la hora de la cena y bajó al domicilio de Creelman.

María estaba seductora: el velo de dolor que empalidecía su rostro, le daba cierto aire de "viuda fresca" que agradó grandemente al millonario.



Una vez reunidos los cuatro, sentáronse a la mesa.

Ella estaba bien impuesta de su papel y hubo "pobre Jack" en los entremeses, "querido Jack" en el asado y "dulce Jack" en los postres.

También se trató de la parte material. María explicó la situación en que la había dejado su marido.

—No sé qué hacer. Necesito ganarme la vida de una manera honrada—concluyó.

—Ya sabe que puede contar conmigo...—se ofreció Creelman.

—Me sería posible obtener una agencia de seguros de vida, si para empezar consiguiera una póliza importante — apuntó María, preparando el terreno.

—Precisamente, esto me hace recordar que desde un tiempo a esta parte voy huyendo de los agentes de seguros, pero casi estoy convencido de la conveniencia de tener la vida asegurada. No tengo ningún inconveniente en firmarle una póliza por cien mil dólares.

—Si el desgraciado Jack pudiera saber lo bueno que es usted conmigo—, murmuró María verdaderamente entusiasmada por el buen cariz que tomaba el “negocio”.

¡Qué ajena estaba María de que el “pobre Jack” se hallaba a menos de diez metros de ella!

Efectivamente: el explorador habíase instalado en su piso y, cuando su esposa “apócrifa” y el amigo se hallaban de sobremesa, bajó y llamó a la puerta de Creelman.

—Lo siento, caballero, pero el señor está en estos momentos muy ocupado—le dijo el criado que salió a abrirle.

—Bien; pero conmigo hará una excepción. Avísele de que un caballero desea hablarle con precisión.

Minutos después Creelman recibía una de las sorpresas más grandes de su vida al reconocer a su antiguo amigo. Este le explicó en pocas palabras lo que había ocurrido.

La situación era en extremo embarazosa para Creelman. ¿Qué pensaría su amigo si supiese que su esposa se hallaba cenando con él? Era cuestión de hacerla volver a sus habitaciones, sin que el explorador se enterase, y, por de pronto, le cerró a éste la puerta del comedor donde se hallaba María.

Sturdevant comprendió:

—¿Y quién es la palomita que tienes hoy contigo?

—Es... verás... es una sorpresa...

María, en vista de la tardanza de Creelman, se asomó al vestíbulo y estuvo a punto de perderlo todo. Afortunadamente, el explorador estaba de espaldas a ella, y el otro le hizo señas de que se ocultase.

Después rogó a Jack que le esperase unos momentos y fué a hablar con María:

—¡Váyase arriba en seguida! ¡Luego le explicaré!

Ya en el piso, habló por teléfono con su padre:

—¡Papaíto! ¡Es seguro que firma la póliza!— le dijo—. Mañana ven y te lo daré todo agradado.

se disponía a hacer los honores de su amigo, cuando fué llamado urgentemente y le hubo de dejar.

—Perdóname, chico, pero no tengo más remedio. Sube a tu piso, y mañana hablaremos.

Como Jack tenía la llave, no le fué difícil la



...y la amiga de Creelman hizo que también se besaran.

entrada en las habitaciones que de siempre se le habían reservado.

María ya estaba a punto de meterse en cama, cuando oyó ruido.

Jack empezó a desnudarse y ya se había quitado los pantalones, cuando creyó también que andaban por la habitación contigua.

A partir de aquel momento, empezó la persecución de ambos y Jack pudo descubrir, con asombro, que había una mujer. Ocultándose de ella, llegó al vestíbulo y no tuvo más remedio que salir a la escalera en calzoncillos. Menos mal que allí había unas maletas y se ocultó detrás de ellas, mientras unas señoras que bajaban de los pisos altos pasaban por delante de él, tomándole por contrabandista de licores.

—No le denunciaremos, pero véndanos cuan-
do menos medio litro.

Explicó a las damas que no era contraban-
dista. Luego, entrando de nuevo en su piso,
se puso de nuevo los pantalones, volvió a sa-
lir con todo el sigilo posible y llamó a la
puerta.

María salió a abrirle y entre ambos se cruzó
este diálogo:

—Ruego que me perdone la indiscreción.
¿Quién vive en este piso?

—La señora Sturdevant. Soy yo.

—Pues yo... yo soy muy amigo del capitán
Sturdevant. ¿Está en casa?...

—¿Pero aún no sabe usted que fué asesinado?

Jack simuló un desvanecimiento y "su mujer" le hizo sentar en un sillón y le atendió solicitamente. Al volver en sí, María le dió noticias de su trágica muerte.

—¡Usted se parece algo al pobre Jack!

—No es raro... ¡Como siempre íbamos juntos!

Jack no salía de su asombro, y María encontraba que aquel caballero era muy simpático. Media hora después, él propuso:

—¿Y si fuéramos juntos a celebrar la entrada de Año nuevo?

María accedió y fueron a parar al mismo restaurante donde Creelman había sido llamado para un suunto urgente: cenar con su amiga Poly Hammon.

Una vez reunidos los cuatro, sentáronse a la mesa.

Jack tuvo ocasión de advertir a su amigo Creelman:

—No me reconozcas. Luego te explicaré. Por ahora no me llamo más que Lázaro.

La cena transcurrió bastante animada. A media noche, todas las parejas se daban el beso de rigor y la amiga de Creelman hizo que María y Jack también se besaran.

¡Qué dulce le pareció a María aquel beso!

Sólo ocurrió un pequeño incidente y fué que en una mesa contigua a la que ellos ocupaban,



—Está arreglado el negocio, papá, pero no veo para mi una salida digna.

se hallaba "el presidente" de la comisión de acreedores del padre de María.

—¡Es la hija de Bragdom — exclamó aquél reconociéndola—, y si está aquí y viste tan elegante, ¡qué pague!

María tuvo que hacer lo imposible para evitar que aquel personaje estropease sus planes...

V

Y a la mañana siguiente, Cupido, en servicio comercial, hizo que se firmase la ansiada póliza.

María avisó a su padre y éste se presentó en el acto.

—Está arreglado el negocio, papá, pero no veo para mí una salida digna.

—¿Pues qué te pasa, hija mía?

María no podía ocultar a su padre los sentimientos que, desde la noche antes, turbaban su corazón. Era que se había enamorado de Jack.

—Anoche se mezcló alguien, alguien que ha trastornado mis planes...

Padre e hija tuvieron que contar su diálogo por haberse presentado inopinadamente Creelman.

María despidió a su padre y después tuvo una conferencia con el millonario.

—No puedo seguir la farsa. No soy la señora Sturdevant ni conozco a mi marido... Todo fué una estratagema que urdí para obligarle a fir-

mar la póliza de seguro y salvar a mi padre de la ruina...

Habíase puesto el sombrero y estaba a punto de marcharse. Creelman, sorprendido y sinceramente conmovido por las palabras de María, la quiso retener, pero ésta le suplicó que la dejase marchar.

—Se lo ruego, señor Creelman. Le engañé y no soy digna de su amistad.

Creelman la dejó marchar.

Momentos después, María emprendía el regreso a su casa, calle abajo, recordando los acontecimientos de la víspera. Un auto que la seguía la alcanzó.

—¡Señora Sturdevant! —dijo una voz que le produjo un estremecimiento involuntario..

Era Jack.

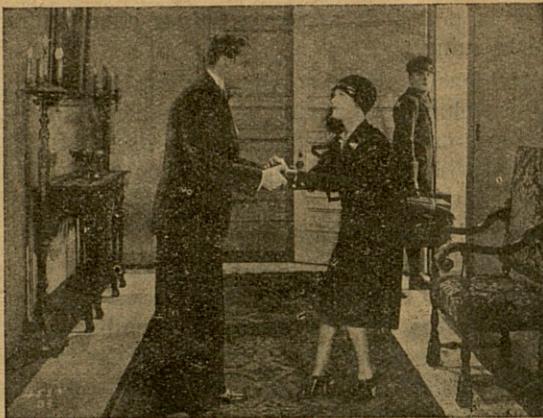
—Bastante estoy sufriendo... Le ruego que no me hable de cosas de las que no volveré a acordarme jamás.

Jack sonrió:

—Precisamente he venido, porque deseo evitar que usted catalogue entre "las cosas" que quiere olvidar.

—Le ruego que suba y la conduciré hasta su casa—propuso Jack.

No hubo manera de excusarse y, poco después, el auto, conducido por Jack, corría con tal velocidad que fué multado por los de la policía.



—Se lo ruego, señor Creelman. Le he engañé y no soy digna de su amistad.

María observó que su amigo firmaba Jack Sturdevant.

Cuando el auto reemprendió la marcha, María dijo a su acompañante:

—¿Ha dado un nombre supuesto? ¡Le advierto que puede costarle caro!

Jack sonrió, y repuso:

—¡Es que yo soy Sturdevant!

Un choque no hubiese causado más impresión a María. Primero creyó que se trataba de una broma, pero después, al ver la insistencia

con que su amigo aseguraba ser aquella persona, empezó a dudar.

—¡Vea usted este telegrama! —añadió Jack, poniendo en sus manos un despacho cablegráfico.

María leyó lo siguiente:

“No es posible ocultar más que está usted vivo. Le han reconocido. Preséntese.

—¿Así... usted... es... era...?

—Sí: anoche era su “difunto” marido.

—¡Qué vergüenza! —gimió María—. Le ruego, señor Sturdevant, que me perdone el atrevimiento...

—No diga usted más. Creelman me lo ha referido todo y por eso yo he venido detrás de usted. Yo tenía una imperiosa necesidad de hablar con usted unas palabritas: pedirle si quería usted pasar de viuda a ser mi esposa.

María se ruborizó, pero un velo de tristeza nubló su dicha que alentaba en su pecho:

—¡Usted se está burlando de mí! ¡No tiene usted derecho a reírse de mí!

—Le hablo en serio, María, tan en serio que le digo que mi felicidad depende de una palabra suya. La amo. Su aventura, lejos de ser un motivo de burla, es causa de que yo admire su ingenio, y más que nada, el heroísmo que supone para una señorita al buscar la manera honrada de ganarse el pan y salvar de la ruina a su padre. ¿Me cree usted ahora?

¡No iba a creerle! María tenía necesidad de

creer; el corazón, cuando ama, tiene de creer que su pasión es correspondida, que sus latidos hallan eco en otro corazón...

—¿Y si yo no aceptase sus proposiciones?—se atrevió a insinuar María.

Jack dudó un momento, y después, dijo:

—No podría oponerme. Ahora que—añadió después de una pausa—sería peor para usted. Su negativa supondría el fracaso de todos sus planes.

—¿Por qué?

—Pues porque ha firmado usted la póliza con mi nombre: señora Sturdevant, y sólo tendrá el derecho de usar ese nombre, cuando sea mi mujer.

—Entonces, ¿no tengo más remedio que casarme con usted?

—Si usted lo quiere...—insinuó Jack.

—Pues... sí... — musitó María considerando que no había en el mundo una mujer más dichosa que ella.

FIN

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción. Preciosa portada en tricromía e ilustraciones interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renéz.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renéz.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renéz.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Unailusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discretoes, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos

Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA